

YO MISMA

ÁNGELES MASTRETTA



YO MISMA

ANTOLOGÍA



Seix Barral

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar
Ilustraciones de portada e interiores: Rosario Lucas
Fotografía de la autora: © Víctor Benítez

© 2019, Ángeles Mastretta
Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S.L.
info@casanovaslynch.com

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6336-6

Primera edición impresa en México: noviembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6337-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Me comprometo

a vivir con intensidad y regocijo,
a no dejarme vencer por los abismos,
ni por el miedo, ni por el olvido, ni siquiera
por el tormento de una pasión contrariada.

Me comprometo a recordar, a conocer
mis yerros, a bendecir mis arrebatos.

Me comprometo a perdonar los abandonos,
a no desdeñar nada de todo lo que me
conmueva, me deslumbre, me quebrante,
me alegre. Larga vida prometo, larga
paciencia, historias largas. Y nada abreviaré
que deba sucederme: ni la pena ni el éxtasis,
para que cuando sea vieja tenga como
deleite la detallada historia de mis días.



La escritura y la felicidad

me fueron enseñadas como una misma cosa. No tengo cómo pagar semejante herencia. Como una misma cosa aprendí las palabras y la fiesta, la conversación y la leyenda, el juego y la sintaxis, la voluntad y la fantasía. Como una misma cosa miro mi historia y la del mundo en que crecí y al que vuelvo sin tregua lo mismo que quien vuelve por agua.

Tal vez nada

sea más seductor que eso
que inventamos para que
luego nos seduzca.

Hay en todo

lo que toco un dejo
de nostalgia que
matiza la euforia a la que
soy propensa. Y los matices
siempre le dan textura
a la tela en que tramamos
las emociones.



*No mueren
quienes nos
enseñaron a
imaginar la
eternidad.*

Sólo los besos y sus
prolongaciones son tan placenteros para
un conversador como las palabras.

Hay varias novelas
en una sola tarde de preguntas breves
y respuestas largas enlazándose en el ir y
venir del pasado al presente, sueltas
de pronto como una serpentina.

La literatura es
una locura permitida que te lleva
de viaje por otras vidas.

Hay que sobrevivir
con regocijo al desvarío en que a veces
nos colocan las pasiones que consideramos
más irrevocables.



*No hay alondras
ni abismos, ni tangos
ni boleros mejor
plantados que los que
uno se encuentra a la
vuelta de su esquina.*



Cuando soñamos

despiertos compartimos nuestra fiebre
con otros. Así es como somos capaces
de recordar delirios que no
nos pertenecieron.

Hay cosas en la vida

que son como la lava, algo que nos
alcanza más pronto de lo que imaginamos.

Quiero quedarme

aquí, pasmada, inerme, voluntariosa y ávida,
en el único sitio repleto de imposibles
que me gusta como ningún otro: el de las
palabras.

Siempre que busco

un adjetivo con el que elogiar a quién sea,
doy sin remedio con la palabra *audacia*.
Los audaces cantan más allá de la regadera,
los audaces tienen amores y se consumen
en su fuego, los audaces andan por
la calle a las cuatro de la mañana sin
preguntarse quién los sigue o temblar
por quien pueda encontrarlos. Los audaces
siembran parques, cosechan ilusiones,
son hermosos como luces de bengala, se tiran
del paracaídas, se van a Colombia a jugar
fútbol o a Nueva York a desafiar la nieve,
tocar el chelo, subirse al metro a las seis
de la tarde y hacer amigos donde
pocos los tienen.

El que no duda se equivoca dos veces.

A pesar de que hablo mucho

de otras épocas, vivo el presente como un enigma diario que me empeño en resolver sin conseguirlo.

Estoy tratando

de recordar lo que tenía que recordar, que tenía que recordar, que tenía que recordar, que tenía ¿qué?

Bueno sería poder confiar en que los muertos hacen milagros pasando por un aire que ya no los acaricia.

Preferible encontrar

a tiempo la mitad del cielo, que esperar
para siempre la gloria de lo que no existiría.

Pienso que olvidares un arte.

Una de las artes más necesarias y mal
practicadas que se conocen. Además, como
tantas otras artes, olvidares un arte que la
humanidad toda practica muchas veces sin
darse cuenta. Olvidamos. Para mal y para bien
olvidamos.

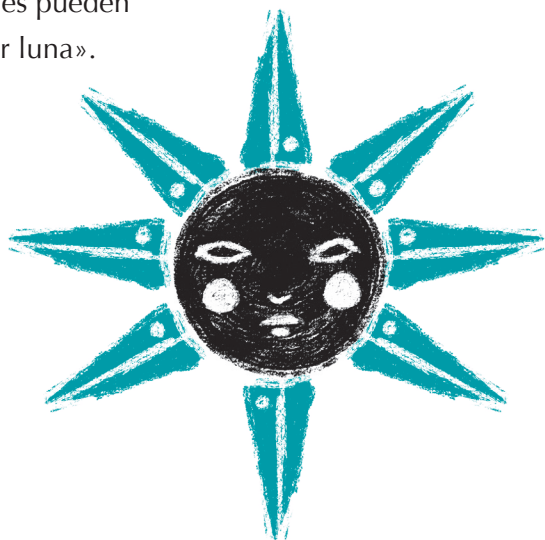
Tal vez quienes mejor olvidan mejor viven.



Había una luna

a medias que desquició para siempre aquella noche los ordenados sentimientos de la tía Inés Aguirre. Una luna aventurera y ardiente riéndose con ella. Y era tan negro el cielo que la rodeaba, que adivinar por qué no pensó Inés en escaparse de aquel embrujo.

Cuarenta años después, cuando empezó a perder la memoria escribió en un cuaderno: «Cada luna es distinta. Cada luna tiene su propia historia. Dichosos quienes pueden olvidar su mejor luna».



Estaba segura de que al
morirse no tendría fuerzas para ningún tipo
de vida. Mucho menos, la eterna.

Hay veces en que uno despierta
con la memoria nítida del último sueño.
Una de esas mañanas, cuando abrí los ojos
a la luz de mi cuarto en penumbras, me
costó reconocer que no estaba yo bajo un
crepúsculo, cerca de unos barcos, joven
como un pez azul marino, nadando sobre
la arena blanca.

Somos lo que oímos
y lo que hablamos. Somos nuestras
plegarias y nuestro canto. ¿Qué queremos
cantar?

Cuando nombran,
juzgan, ruegan, las palabras redimen.